



knowsquare .

PREPARADO POR: ANTONIO GARCÍA SANSIGRE

06 DE JULIO DE 2010

LA SALUD QUE VIENE

RESEÑA DEL LIBRO DE MIGUEL JARA

knowsquare .

Privado y Confidencial

Prohibida su Distribución sin Autorización Expresa del Autor
y Know Square S.L.

"La Salud que viene". Editorial: Ediciones Península. Autor: Miguel Jara, periodista especializado en temas de salud. 1ª edición: octubre 2009. Precio: 24,00 euros. ISBN: 978-84-8307-869-3. Páginas: 472. Formato: Rústica con solapas (15x23cm).

Comentario crítico (y reseña)

"No es signo de buena salud estar bien adaptado a una sociedad enferma" – Jiddu Krishnamurti.

Me llegó conocimiento del libro a través de un amigo ingeniero. Me comprometí a leerlo, y leerlo lo he hecho. No pretendo afirmar que leo 4-5 libros semanales, pero sí he leído mucho. Y este libro es de los que más me han impactado en los últimos cinco años porque es un ensayo que podría calificarse de terror. De terror porque describe una realidad que no está carente de alguna discordia, pero al fin y al cabo una realidad. Y ésta sí que parece una verdad muy incómoda.

El libro se estructura en dos partes: la primera dedicada a las nuevas enfermedades occidentales, y la segunda dedicada al marketing del miedo.

Las nuevas enfermedades.

El autor es un fino periodista. Sabe transmitir con gran empatía el dolor de los pacientes que ha entrevistado. Es un sabueso con pluma afilada. Ha glosado una nueva generación de dolencias o enfermedades que agrupa a un colectivo de enfermos que llama con acierto "hipersensibles", y metafóricamente "los centinelas de la vida". Los hipersensibles son los enfermos de nuestra civilización. Auténticos faros o guías en un mundo antinatural, sintético, el nuestro, en el que cada vez hay más personas enfermas por vivir en entornos insanos. Para ponerlo en positivo, no tienen una "carencia" sino un "don": son los relámpagos que preceden a la tormenta. Partimos de la idea preconcebida de que la tecnología es buena en sí misma (lean la conferencia en Know Square de Juan Luis Arsuaga al respecto). De que cualquier novedad técnica es igual a progreso y por lo tanto es buena. Pero muchas tecnologías están causando problemas que antes no existían. La existencia de estas personas, los hipersensibles, avisa a los demás de que hay que buscar otro modelo porque hemos abrazado un patrón económico y social que fomenta como valores o fines el bienestar, la calidad de vida, la comodidad o el progreso pero, de manera paradójica, a cambio de esos mismos valores. Es la ilusión del bienestar.

Entre las nuevas enfermedades diagnosticadas (aunque no siempre con un consenso total entre el gremio de los galenos) encontramos las siguientes:

- Sensibilidad química múltiple o SQM – enfermedad crónica, multisistémica, no reconocida oficialmente en España ni registrada por la Organización Mundial de la Salud, aunque ya contemplada en Alemania. Se cree que sus factores desencadenantes están ligados a la exposición de sustancias químicas tóxicas. Nuestros cuerpos actúan como recipientes que van llenándose paulatinamente de una carga tóxica. Aparece entonces una cierta "sensibilización" a algunos químicos. Si el recipiente se llena, la sintomatología y los químicos a los que se reaccione se generalizan. El resultado es la SQM. Lo menos severo es un dolor crónico, lo más grave es la incapacitación física y cognitiva, que limita la vida cotidiana de los enfermos hasta la total imposibilidad del desarrollo de una ocupación

laboral. Una persona que nunca antes había tenido esta patología un día cualquiera sufre una exposición a una cantidad grande de uno o varios productos químicos tóxicos que acaban con su tolerancia. A partir de ese momento, en cuanto su cuerpo detecte cantidades de ese u otros tóxicos ínfimas, imperceptibles para el común de los mortales, se producirá la reacción en cadena de síntomas que harán que enferme. Casi en un 90% de los pacientes estaban afectados por los perfumes, y le siguen los ambientadores, detergentes, humo de tabaco, lejía, aerosoles, colonias, insecticidas, disolventes, etc.

- Fibromialgia (FM) – dolor crónico de los músculos, reconocido por la OMS y por numerosos países.
- Síndrome de Fatiga Crónica (SFC) – también reconocido, es un estado crónico de cansancio general.
- El síndrome de sensibilidad electromagnética o electrosensibilidad – causado por la redes wifi y los móviles. Es una variante de la sensibilidad ambiental, consistente en una situación crónica, establecida y de la cual no disponemos de tratamiento etiológico, sólo sintomático y de baja eficacia. No presenta ningún trastorno psicopatológico primario ni fobia. En lugar de una carga tóxica, como la SQM, es una carga eléctrica. Está provocada por la exposición a campos electromagnéticos. Provoca síntomas como fatiga, irritabilidad, insomnio, cefaleas, mareos, vértigos y pérdidas de memoria. Esta entidad médica fue descrita por primera vez en la literatura científica internacional en la Unión Soviética (lo siento, pero no lo puedo evitar, a mí no me parecía un país muy capitalista) durante la década de los cuarenta. Los pacientes tienen que vivir en santuarios protegidos del electromagnetismo. El informe BioIniciativa y países como Suecia llevan años reclamando una reacción a este asunto.
- El síndrome del edificio enfermo (SEE). Provoca en la gente que allí trabaja una lipoatrofia. La lipoatrofia es una enfermedad poco frecuente, idiopática (que no tiene causa conocida), cuya manifestación consiste en la atrofia de una zona semicircular del tejido fino graso subcutáneo, situado en el frente de los muslos. Es decir, unas manchas en las piernas. La curación de los pacientes llega cuando se trasladan a otro edificio, desaparece espontáneamente, cuando se ausentan del trabajo durante mucho tiempo, o, en las mujeres, cuando están de baja maternal. Si los empleados que ya se han repuesto vuelven al mismo lugar de trabajo, los efectos se renuevan. Se cree que la causa del síndrome del edificio enfermo es multifactorial.
- Hidrargirismo – intoxicación crónica por mercurio dental (empastes dentales de amalgama, de plata o amalgamas dentales). Parte de ese mercurio, en cantidades malignas, pasan a integrarse en el organismo, lo envenenan. Existen alternativas de obturación dental sin mercurio y que pueden durar al menos tanto como la amalgama dental, si bien son más caras. Por ejemplo, empleando composites, derivados del plástico que deben estar libres de bisfenol A.

El propio autor, citando a otros expertos, reconoce que tanto la SQM, la SFC y la FM se solapan en muchos casos hasta el punto de aparecer como una sola patología. ¿No serán distintos grados de lo mismo?

Lo cierto es que el diagnóstico de estas enfermedades no es sencillo. “Es difícil explicárselo en poco tiempo a otros doctores, médicos o jueces, porque hasta a la misma persona que lo sufre le cuesta verlo. Se requieren horas y horas de análisis y de dibujar la línea de la vida del paciente e ir viendo la relación entre cuándo surgieron los síntomas y los cambios que hubo en su vida y entorno. Y al ver que se relacionan, nos sorprenden por su sutileza”.

Hasta el punto de que se llega a afirmar que enfermedades como Alzheimer, asma, intolerancias alimentarias, leucemia, diabetes o hiperactividad están aumentando alarmantemente y ya se sabe de la relación en su génesis con los químicos tóxicos. Cualquier enfermedad cuya causa no se conozca o aun conociéndola y el paciente no responda al tratamiento adecuado hay que sospechar que puedan estar implicados procesos de sensibilización química.

Todas estas enfermedades vienen descritas a través del espejo de sus propios pacientes, a quienes conoce, a quienes entrevista, a quienes visita, y a quienes comprende, expresando su dolor y su desesperación a través de estas páginas. En el libro se puede palpar con toda viveza el dolor de los pacientes y su lucha, individual y colectiva a través de asociaciones.

Como única crítica constructiva, y dada la discusión que hay en la comunidad científica acerca de la veracidad de estas enfermedades (algunos expertos las niegan y consideran enfermedades más psicológicas que físicas), me he quedado con la duda de recibir una explicación científica más aguda acerca de las mismas: si es una enfermedad fisiológica y no psíquica, ¿se produce una alteración en el cerebro o en los nervios? ¿En cuáles concretamente? Si es fisiológica, entonces debe ser posible diagnosticarlo con un TAC o con alguna ecografía o radiografía que revelase un cambio en el funcionamiento del cerebro, una alteración de la respuesta del paciente a una exposición química, electromagnética, etc. No me queda clara la enfermedad, pero me ha quedado claro que hay enfermos. En la página 49 se mencionan varios científicos, entre ellos al Dr. Arnold, y la hipótesis es que surge “un problema en la activación del eje hipotálamo hipófisis adrenal. Este importante desajuste en el cerebro puede ser el causante y el papel que desempeñan los xenobióticos – los compuestos cuya estructura química es poco frecuente o inexistente en la naturaleza debido a que han sido sintetizados por el ser humano en el laboratorio – en el cerebro”.

Una lectura global.

Es tentación inevitable del periodista elevar a categorías unas conclusiones parciales. De esas categorías elabora una teoría y la propaga. Miguel Jara no ha sido excepción. Ha encontrado un filón (las nuevas enfermedades) y el resultado es una hipótesis, pero no una teoría: todo el proceso de globalización capitalista difunde la idea de que el estilo de vida moderno es el más saludable y cómodo, y que puede disfrutarse fácilmente si se tiene el dinero suficiente. Pero ese bienestar está diseñado sólo para generar enormes beneficios económicos a sus impulsores pasando por encima de la salud de las personas y su libertad.

“Es una civilización bipolar en la que la búsqueda del bienestar nos conduce al malestar; la búsqueda de la salud, a la enfermedad; y la búsqueda de seguridad, a la falta de libertad e intentos de domesticación. *Todo ello para generar inmensos negocios globales y control social que impulsen eternamente el negocio de nuestra civilización*”. Les pongo en cursiva la última frase porque hasta ahí estaba de acuerdo. El

análisis de síntomas de una civilización con problemas es adecuado, pero el diagnóstico (la enfermedad) no es, a mi juicio, certero. Derivar los problemas de nuestra civilización en el sistema de mercado es apuntarse al carro ganador. A perro flaco todo son pulgas. En plena crisis *subprime* se afirmó que el sistema capitalista tenía que ser refundado (Sarkozy *dixit*) y ahora se afirma que hay un nuevo motivo: el capitalismo enferma a la gente. Esta afirmación me parece tan injusta como contrarrestarla con otra frase fácil como “al menos no los mataba de hambre como los otros sistemas”.

Volvamos al autor, de nuevo, con otro acertado análisis de los síntomas, del intrínquilis de la cuestión, pero no de la enfermedad. “Quizás para ello sea necesario otro paradigma de la salud. La salud entendida como una categoría superior a la simple atención sanitaria. La salud va mucho más allá de la ausencia de enfermedad, es un estado completo de bienestar físico, mental y social. Las causas de la no salud dependen en gran medida de cuestiones ambientales. Enfermamos o no en función de cómo vivimos y de las condiciones económicas y psicosociales de nuestra vida. La salud es la manera de vivir autónoma, llena, solidaria y armónica con uno mismo, con el resto de personas y con el entorno”. Esto sí es muy interesante, hay incluso una raíz filosófica. Aristóteles estaría entusiasmado con la labor de Miguel Jara, que del análisis de casos, de la observación, ha realizado, ahora sí, un diagnóstico acertado con un planteamiento nuevo y original. Redefinamos lo que es prosperidad y lo que es salud. El error radica en asignar directamente la responsabilidad (la culpa) en el mercado y en el sistema capitalista.

Lo que nos lleva a la segunda parte de su libro: **el marketing del miedo**.

La culpa es del sistema de mercado, de la avaricia, del deseo de lucro. Para los enfermos de SQC, “los malos” son la industria química. Para los electrosensibles, los malos son las telecos. Para los del SEE, los malos son los constructores y las promotoras. Para los hidrocarbúricos, los malos son la industria dental y de empastes. Y como paraguas a todo esto, hay unos malos malísimos: la industria farmacéutica. Es simplista. Es erróneo. Y además, no ayuda.

“Los medicamentos no son objetos de consumo. Todavía. Por eso no se puede hacer publicidad de los fármacos de prescripción. Todavía. Los laboratorios dedican la mayor partida de su presupuesto a promoción. Sobre todo de enfermedades. El estadio social ideal para estas empresas de inversión es que se hable constantemente de las patologías que nos acechan. Se aseguran de que en los grandes medios de comunicación nunca falten informaciones sobre los trastornos más interesantes desde el punto de vista comercial. La enfermedad asusta, iguala, nos humaniza y su sola mención azuza las neuronas: ¿caeré yo también prisionero de la enfermedad? No hay inversión publicitaria más rentable que la promoción de la enfermedad. No hay sociedad más paralizada que aquella que constantemente recibe estímulos que le hacen creer que su salud se escapa. El miedo paraliza, nos hunde en la zozobra, nos hace perder el control. En ese momento los predadores aplican su receta. Es el marketing del miedo. Se difunde el conocimiento de la enfermedad y se acompaña el discurso con el efecto tranquilizador que produce la existencia del alivio, medicamentoso por lo general. Así, el pánico a sufrir un infarto de corazón es la mejor publicidad de los fármacos para el “colesterol malo” o la hipertensión”. Más adelante, asevera algo muy grave: “Big Pharma – Big Brother está consiguiendo cambiar el concepto de enfermedad para vender medicamentos a quienes están sanos. Está diseñando una sociedad en la que las personas se preocupan de manera enfermiza por su salud. Una sociedad de todos enfermos y todos medicados”. ¿Y dónde están los médicos que deberían alertar sobre estas falsedades? La respuesta del autor: están comprados y comparten los intereses de los laboratorios. Y cita el caso del psiquiatra Charles B. Nemeroff, que ganó más de 2,8 millones de

dólares por consultorías con la industria farmacéutica entre 2000 y 2007. Es un claro caso de conflicto de interés.

Precisamente porque un medicamento no es un producto cualquiera hay que controlarlo. Se me podrá acusar de cándido por el autor, quizá con algo de razón, pero la solución no consiste en hacer una proclama general de que los laboratorios son malignos, que el sistema capitalista es diabólico porque realmente no hay una propuesta alternativa viable. La solución consiste en reforzar farmaindustria y el control legal, y por imponer un sistema eficaz de seguimiento de las relaciones financieras existentes entre profesionales sanitarios e industria farmacéutica. Recuerdo que el economista Juan Iranzo, en referencia a Haití, hacía una buena observación: se ha detectado una relación causal inversa entre corrupción y sueldo de los funcionarios (a menos sueldo, más corrupción). Esta reflexión también es aplicable a los funcionarios de la salud y a los médicos.

El autor sostiene que la historia nos ha enseñado que no podemos depender de un solo modelo. La solución no consistirá en reforzar los emporios ya existentes sino todo lo contrario, trasladar el poder desde las grandes corporaciones e instituciones al ciudadano autónomo, libre y organizado.

Hace algunas décadas se discutía los efectos negativos del tabaco. Durante mucho tiempo se debatió y finalmente se aceptó que perjudica a la salud. ¿Eso significaba que había que terminar con el capitalismo porque la industria tabaquera había defendido sus intereses por encima de unos niveles lógicos de ética? No. Sencillamente, se trata de que la legalidad triunfe sobre el puro interés. El capitalismo es darwinista, allí donde los beneficios son exiguos el capital fluirá a otros lugares que aporten más beneficios. A este respecto, el autor es pesimista, ya que duda que la legalidad triunfe pues las grandes corporaciones mediante el ejercicio del *lobby* están diseñando las leyes según sus intereses, son gobiernos de facto entre bambalinas, nadie los ha elegido pero muchos políticos actúan como sus delegados comerciales.

El autor menciona el controvertido Trastorno por Déficit de Atención con o sin Hiperactividad (TDAH) que se diagnostica a los niños. “Ninguna investigación seria ha mostrado indicio alguno de desequilibrio químico. Todo lo que tenemos es una teoría: si un medicamento funciona y sabemos que aumenta el nivel de ciertas sustancias químicas en el cerebro, esto podría significar que el fármaco está corrigiendo un déficit o un desequilibrio”. Para tratar el TDAH a los niños se les recetan estimulantes, diferentes marcas con un mismo principio activo: metilfenilato, una potente droga que aumenta los niveles de dopamina. Estas manifestaciones de la naturaleza infantil vienen diagnosticándose como patológicas. En realidad, los medicamentos para someter a los niños y su hiperactividad vienen diseñados para los padres. El miedo a perder la libertad que los padres disfrutaban antes de tener a sus hijos lleva a muchos a alimentar a sus críos con drogas psicotrópicas. Algunas de ellas se han relacionado con el autismo.

Otras enfermedades de diseño son el síndrome de astenia primaveral, síndrome de depresión invernial o síndrome de hipotensión veraniega recurrente o incluso convertir la enfermedad en menopausia. Es más, ¿tener la regla es una enfermedad? El autor relata, en el marco del fallido intento de crear una vacuna contra el virus del papiloma humano (VPH), la por el contrario exitosa campaña de marketing de miedo para impulsar la vacuna contra ese virus (también llamado contra el cáncer de cuello de útero). Las farmacéuticas han tenido éxito porque han conseguido colocarla en el calendario vacunal. Lo chocante es que ya existe una prueba eficaz para su detección precoz: la citología o test de Papanicolau.

En definitiva, el miedo es infinitamente rentable porque el miedo genera miedo. El miedo se reproduce. El autor tiene una buena propuesta: “el miedo tiene un antídoto que no suele fallar: la información. Con buena información la duda se disipa, la ansiedad que nos provoca llega a desaparecer. La información hace que desconfiemos de la manipulación. Se cambian así las tornas y perdemos el miedo al miedo para cogerle miedo al marketing. Es lo que más temen quienes tienen por vocación crear temores infundados”.

Se acusa a muchas asociaciones de pacientes de estar financiadas por los laboratorios y por lo tanto de plegarse a sus intereses, perdiendo su objetivo principal: empujar para curar, no para aliviar. El problema surge cuando cambiamos el enfoque: el interés máximo de los pacientes es curarse, no sólo aliviar los síntomas y el interés fundamental del vendedor de remedios es comercializarlos a personas enfermas. Desde este punto de vista, los intereses de ambas partes son radicalmente diferentes. “La industria farmacéutica atraviesa una crisis. Durante los próximos años verá cómo vencen las patentes de los fármacos que más dinero le han producido. Esto significa que podrán fabricarse medicamentos genéricos de los mismos, y, al ser estos más baratos, los de marca ya no generarán los beneficios de antaño. Al mismo tiempo que esto sucede, los laboratorios están teniendo dificultades, como ellos mismos reconocen, para encontrar nuevos preparados que patentar, lo que agrava la situación. El problema actual para la industria farmacéutica radica en que no aparecen nuevas enfermedades y que las denominadas enfermedades raras afectan a tan pocas personas que no les resultan rentables. Pero deben generar más ingresos. No discuto que la industria ha creado numerosos productos innovadores y útiles, sobre todo para aliviar los síntomas de la enfermedad, pero la práctica de diseñar y difundir nuevas patologías apoyándose en el marketing del miedo no es ética”.

Aunque esto sea cierto, el capitalismo siempre encuentra una salida. Primero la tentación le lleva a traspasar límites éticos. Una sociedad sana determina límites éticos claros y lucha porque ninguno de sus miembros, personas físicas o jurídicas, los traspase, castigándolos en ese caso y actuando como disuasorio. Con una sociedad sana, el capitalismo tiene una dirección firme, vigorosa, sensata, y produce prosperidad. El caballo no es en sí malo, es el jinete el que lo hace magnífico o pésimo. Cuando hay límites éticos que no pueden traspasarse las empresas se adaptan. Las empresas se transforman. Por ejemplo, en la industria del tabaco, sus compañías se expanden adquiriendo nuevos negocios una vez su mercado original está agotado (por ejemplo, Krafft y Philip Morris). Lo mismo podrían hacer las farmacéuticas en caso de que su mercado potencial se agote. El autor retorna al optimismo sosteniendo que por supuesto podemos conseguir una sociedad con una economía saneada y rica pero eso supone una transformación radical del actual sistema. Su crítica no se centra en la economía ni en las empresas sino en el actual modo de entender estos conceptos, anti-ético y anti-ecológico, además de antisocial por la explotación laboral y las desigualdades que produce.

“A veces tengo la sensación de que vivimos en un anuncio publicitario perenne; en una sociedad que sonríe hasta el infinito mientras que los problemas reales hacen su trabajo entre bambalinas, recordándonos que el bienestar no puede comprarse sino que su conquista y mantenimiento es un trabajo diario” (Miguel Jara).

NOTA - Un asunto más grave es el de una sociedad enferma que busca ingresos hasta el infinito, como afirma Miguel Jara. Sin mencionarlo expresamente, se convierte en portavoz de un movimiento curioso llamado *slow movement*, que predica la necesidad de vivir una vida más apacible, reducir el tempo actual. Este movimiento se inició con el *Slow Food*, comer con calma, plasmado en una protesta contra la apertura de un McDonalds en Roma. De la *slow food* se pasó a otras formas *slow*, lentas. En España no hemos tenido las luces para traducirlo, pero yo lo llamaría el movimiento

sosegado o de calma chicha. Desconozco la base histórico-antropológica de la urgencia humana, así que no me pronunciaré.

Para un ejecutivo el libro es interesante. Nos enseña algunas vergüenzas a los empresarios, nos muestra nuestros defectos en un espejo molesto. Probablemente algunas conclusiones y algunos comentarios nos parecerán parcial o totalmente equivocados, pero no invalida la información que el libro nos proporciona. Hagamos una lectura inteligente y atenta. No descartemos sin más lo que no nos gusta, convirtámoslo en objeto de reflexión. El autor ofrece un análisis acertado, unas observaciones agudas, pero unas conclusiones anti-capitalistas sin nexo común. El capitalismo no es perfecto, de acuerdo, pero nosotros tenemos en nuestra mano hacerlo viable imponiendo reglas éticas y asegurándonos su control y seguimiento, dando a conocer los malos ejemplos de aquellos que se las saltan y premiando los buenos ejemplos de aquellos que sí las cumplen. La conclusión no es tan agria como negar el capitalismo y tacharlo de fallido, sino de modificarlo. Si el autor enfoca sus críticas en lo que está mal y no en lo que es malo podrá contribuir decisivamente a que su mensaje sea más eficaz y habrá ayudado a los pacientes a los que tan bien comprende. En definitiva, no encaminarnos hacia una sociedad orwelliana tipo “1984” depende de nosotros.

TRANSPARENCY VOW

El autor de este resumen se ha intercambiado correos electrónicos con el autor del libro.

El autor de este resumen es socio de una compañía de seguridad cardíaca que, entre otras cosas, vende desfibriladores. Desconoce si él también es cómplice del marketing del miedo (dando a conocer que las paradas cardíacas se pueden evitar en un alto porcentaje).

© Antonio García Sansigre

© Know Square S.L.